

LIBROS

La carne
incandescente**CRÍTICA** Hélène Gestern reivindica en 'El olor del bosque' el poder de la memoria

OLGA MERINO

En la cuarta novela de Hélène Gestern (Nancy, 1971) y la primera traducida al castellano, la autora retoma sus motivos predilectos —ya esbozados en *Eux sur la photo* (2011), *La part du feu* (2013) y *Portrait d'après blessure* (2014)—, intereses, decíamos, como la memoria, el duelo, la búsqueda de la verdad y la fuerza evocadora de la fotografía, ideas confabuladas esta vez en *El olor del bosque* para seducir al lector a embarcarse en una gratificante travesía de casi 800 páginas que mantiene el pulso hasta el final. Un *bestseller* de calidad donde se entremezclan la narración histórica y el romance con las gotas justas de *thriller*.

Aquí el pretexto narrativo es un encargo envenenado que a la postre acaba convirtiéndose en antídoto. Élisabeth Bathori, prestigiosa historiadora de la fotografía, está sufriendo una depresión severa a consecuencia de la muerte de su compañero, el gran amor de su vida, cuando recibe una propuesta laboral que la pone en movimiento: Alix de Chalendar, una mujer de 89 años, le confía las fotografías realizadas por su tío, Alban Willecot, un teniente fallecido en 1917, durante la gran guerra, así como la profusa correspondencia que este mantuvo desde las trincheras con su íntimo amigo Anatole Massis, un eminente poeta post-simbolista. Poco después, la anciana le deja en he-



► La escritora francesa Hélène Gestern

rencia una acogedora casona en el campo, en Jaligny, en el centro de Francia, y el compromiso de que visitará regularmente la tumba de su hija y velará por el legado familiar. La protagonista encuentra allí lo más parecido a un hogar, donde se encierra a desmigalar su propio duelo, zambulléndose en el trabajo y su obsesión por la historia de Willecot, el pobre *poilu*, estudiante de astronomía y aprendiz de fotógrafo. «En medio

del oscuro bosque de mi pena, lo único que pude hacer fue leer las cartas de Massis». En ese bosque junto a la casa los muertos y los vivos susurran sus verdades.

SECRETOS FAMILIARES // La investigación desentierra secretos familiares, amores prohibidos y odios atávicos entre generaciones, e impele a la protagonista a viajar por Europa —incluso a Madrid, con sus cafeterías en ebullición—

a la busca de respuestas. Como cemento de construcción, la autora utiliza cartas, fragmentos de un diario en clave, la narración en primera persona, *flashbacks*, algún guiño metaliterario —el nombre de la protagonista, casi igual al de la aristócrata húngara conocida como la condesa sangrienta— y un poemario de bellísimo título: *La incandescencia de la carne*. La carne amada y deseada. La carne de los soldados desventrados en el frente como peleles sin nombre. Eros y Tánatos, temas universales desde el principio de los tiempos.

El olor del bosque es una historia de búsqueda —la del amor, lo único que nos justifica— y de reivindicación de la memoria, también a través de la escritura. «Escribir. Un gesto de supervivencia que, por su método, su audacia, su loca obstinación por cumplirse, anula la muerte que lo cerca». Otro libro con alas congelado en pleno vuelo por la pandemia. ≡

► **EL OLOR DEL BOSQUE****Hélène Gestern**

Periférica & Errata Naturae.

Trad.: Laura Salas Rodríguez.

784 págs. 26,90 €

Un yo trans
camino
del trono**CRÍTICA** Inteligente ópera prima de la joven Elizabeth Duval

DOMINGO RÓDENAS DE MOYA

De *Reina* se puede decir que es una autoficción en la que su autora, que apenas tiene 20 años, cuenta con desparpajo y profusa artillería culturalista su primer año universitario en París. Dicho así, parece una convocatoria del aburrimiento. Sin embargo, ni la reincidencia en el culto a su majestad el yo ni la asombrosa precocidad de Elizabeth Duval van en detrimento del libro, de modo que la astucia con que se sirve de la impúdica escritura autobiográfica y la fingida espontaneidad con que narra sus primeras experiencias (amorosas, políticas o intelectuales) hacen del libro una ópera prima inteligente.

Más allá de la apariencia de registro juvenil de vaivenes emocionales, *Reina* ofrece la imagen

veraz de una generación (la de los nacidos en el siglo XXI) que ha crecido en un mundo cuya estructura y valores se han alejado de los del siglo XX. Hijos de la tecnología, la información masiva y la precariedad, recuperan en su activismo político una noción combativa y pesimista de identidad social o de género. .

Así sucede en *Reina*, título que apunta al hecho de que son los hombres quienes ostentan la «corona», a la que aspira Duval no ya como mujer sino como mujer trans lesbiana. El impulso contestatario que la anima la lleva a reprochar al ideólogo de la teoría transgénero Paul B. Preciado que, en su adquirido rol masculino y de estrella académica, asuma el discurso de la rebeldía contra el binarismo de género cuando él ya no está entre los agraviados o los oprimidos. Como ella, Duval, que en su adquirida condición femenina, es blanco de temores y humillaciones, como todas las mujeres. Aunque la autora confiesa que le gusta más escribir que vivir, su escritura, lejos de enrocarse en lo literario, se sumerge en una realidad tan insatisfactoria como problemática. ≡

► **REINA**
Elizabeth Duval
Caballo de Troya
176 págs. 14,90 €

periféricos y consumibles

JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

Lectores y lectoras SA

Lectores que cogen el rábano por las hojas y las hojas por el rabillo del ojo. Lectoras *in fabula* con voz y con eco, lectoras fabulosas. Lectores-macho y lectoras-hembra si hacemos caso de **Cortázar**, lector viceversa. Lectores en su laberinto. Lecturas de suspicacias o de sospechas para **Iris Zavala** (DEP). Lectores a los que les llega la hora del lector como dejó escrito **Castellet**. Lector ideal, implícito, archilector. Lectores con lectorado. Lectores vagos como sus ojos, lectores ambliopes, lectores con parche para ayudar al ojo vago. Lectores con diplopía, lectores que ven doble. Lectores cortos de vista. Lectoras cómodas y acomodadas, lectoras incómodas e incómodas. Discreto, desocupado, ocioso lector. Lectoras que hacen de las tripas del libro corazón. Lectores fríos, encamados, hipócritas, semejantes. Lectores y oidores de **Quevedo**, lectorspectadores de hoy. Lectores panorámicos, sufridores e insufribles. Lectoras capciosas y caprichosas, insurgentes, solícitas. Lectoras como muros para

las lamentaciones, lectoras de domingo, intrínsecas lectoras, camufladas.

Lectores automáticos, lectores de voz, lectores digitales, lectores de datos, lectores de códigos de barras, lectores de *cogito ergo sum*. Lectoras al filo, lectoras *donquijote*, lectoras *sancho-panza*, lectoras ventajistas y lec-

tores mercenarios. Lectores como chulo de piscina, lectores con bañador marca paquete y hamaca. Lectoras a cubierto, lectoras bajo cubierta, lectoras descubiertas. Lectores dominantes y en bruto. Lectoras profesionales, lectoras editoriales, lectoras gananciales, lectoras materiales. Lectores que van a leer como a la guerra, lectores a pecho descubierta. Lectoras como arpegios: redondas, blancas, negras, corcheas, acorchadas, fusas y difusas. Lectores a trozos, a trazos, hechos trizas. Lectoras deportistas y voraces (y feroces).

Lectores que abandonan el libro como a un amor ya muerto. Lectoras que descienden por la página como por los rápidos de un río. Lectores que se comen las palabras. Lectoras que no aguantan a **Tántalo** entre tanta tontería. Lectores que cargan con su libro como **Sísifo** cargaba con su piedra. Lectoras vergonzosas que forran sus sentidos como forran las tapas de sus libros. *Lecturers* como espadas, como labios. Robinsones felices. Caníbales sin remordimientos. ≡



Lectores a trozos, a trazos, hechos trizas. Lectoras deportistas y voraces (y feroces)